

Joviniano tuvo en Roma muchos secuaces. Se vieron una multitud de personas, que habian vivido hasta entonces en la continencia y en la mortificación, renunciar á un género de vida que no creían bueno para nada, casarse y llevar una vida afeminada y voluptuosa, y persuadirse que podían tenerla sin perder las recompensas que la religion nos promete. Joviniano fué condenado por el papa Siricio y por un concilio que tuvo S. Ambrosio en Milan el año 390.

S. Jerónimo, en sus escritos contra Joviniano, sostiene la perfeccion y el mérito de la virginidad con la vehemencia ordinaria de su estilo. Algunos se quejaron de que parecia condenar el estado del matrimonio; el santo doctor manifestó que se le comprendia mal, y se explicó con mas exactitud. Como han adoptado los protestantes una buena parte de los errores de Joviniano, han renovado el mismo cargo contra S. Jerónimo; han pretendido que se contradijo despues de haber caído en un exceso; pero desdecirse ó retractarse cuando se reconoce que uno se ha expresado mal, no es una contradiccion. Si tuviesen los herejes la suficiente buena fe para hacer lo mismo, los aplaudiríamos, pero S. Jerónimo no se ha hallado en este caso. Véase S. GERÓNIMO; Fleury, *Hist. ecles.*, t. 4, l. 19, n. 19.

Juan Bautista (San). Precursor de Jesucristo. El historiador Josefo ha testificado, lo mismo que el Evangelio, las virtudes de este santo varon. *Antiq. judaic.*, l. 18, c. 7. «Era, dice, un hombre de gran piedad, que exhortaba á los judíos á abrazar la virtud, á ejercitar la justicia y recibir el bautismo, á unir la pureza del cuerpo á la del alma. Como era seguido de una multitud de pueblo que escuchaba su doctrina, Heródes, temiendo su poder, le envió preso á la fortaleza de Machera, donde le hizo morir.» Añade Josefo que la derrota del ejército de Heródes por Arétas fué considerada como un castigo que Dios tomaba de esta muerte.

Blondel y algunos otros críticos han querido hacer á este pasaje sospechoso de interpolacion, porque les ha parecido muy honroso á S. Juan Bautista. ¿Qué razon habria podido detener á Josefo de dar testimonio de un hombre cuya virtud era reconocida en toda la Judea, y que muchos judíos habian sido tentados de tenerlo por el Mesías? Mas hé aquí la preocupacion de los enemigos del cristianismo; se incomodaron porque Jesucristo ha tenido por precursor y por primer apóstol á un hombre de una virtud tan emi-

nente, y á cuyo testimonio nada se puede oponer.

Algunos han dicho que habia habido connivencia entre Jesus y Juan Bautista, para seducir al pueblo, para halagar la esperanza que los judíos tenían de un libertador, y que Juan Bautista se habia convenido en ceder el primer papel á Jesus. Mas al menos hubiera sido necesario que nos dijese, qué interés, qué motivo han podido tener estos personajes para formar connivencia, y exponerse á ambos á la muerte, y sufrirla en realidad por halagar las esperanzas de su nacion.

En el Evangelio de S. Juan, i, 33, protesta Juan Bautista que no conocia á Jesus, sino que lo reconoció por el Hijo de Dios al ver bajar sobre él al Espíritu Santo en su bautismo. Parece, pues, que Jesucristo y su precursor nunca se habian visto: el primero habia vivido en Nazareth en la mayor oscuridad; el segundo habia habitado los desiertos de los montañas de la Judea, y no sabemos en qué tiempo podían haberse convenido ambos en el papel que debían desempeñar. No basta inventar sospechas, cuando no se fundan en nada.

Estos temerarios calumniadores han dicho despues que Jesus pagó con la ingratitud el testimonio que Juan Bautista le habia dado; que no hizo nada para sacarle de su prision, y que despues de su muerte Jesus ya casi no habló mas de él. Si hubiera intentado Jesucristo libertar á su precursor de las manos de Heródes, se le acusaria de haber atacado á la legítima autoridad, y se citaria esta circunstancia como una nueva prueba de la connivencia que habia entre ellos. Jesucristo ha referido mas de una vez á los judíos las lecciones, los ejemplos y las virtudes de Juan Bautista. *Matt.*, xi, 18; xvii, 12; *Marc.*, ii, 12; *Luc.*, vii, 33; xx, 4; *Joan.*, xx, 40.

Animado del mismo espíritu que los incrédulos, Beausobre, *Hist. del Maniq.*, l. 4, c. 4, § 9, pretende que el heresiarca Manés ha podido vituperar con justicia la debilidad de Juan Bautista, que viendo que el Salvador no le libertaba de su prision, entró en alguna duda de que fuese Cristo; ¿Dónde están, pues, las pruebas de esta pretendida duda? *Matt.*, xi, 2 y siguientes, dice que Juan Bautista, informado en la cárcel de los milagros obrados por Jesus, le envió á preguntar por dos de sus discípulos: ¿Eres tú el que debe venir, ó debemos esperar á otro? Que en su presencia Jesus curó á muchos enfermos, y dijo á los dos discípulos: *Id á decir á Juan lo que habeis visto.* Cuando partieron, Jesus alabó delante de todo el pueblo la constancia, la

firmeza, la vida austera y demás virtudes de Juan Bautista; no sospechó, pues, hallarse en duda con respecto á la cualidad de Mesías. Es evidente que Juan Bautista habia enviado estos dos discípulos, no para disipar su propia duda, sino para confirmar en el espíritu de todos sus discípulos el testimonio que habia dado de Jesus. Así, despues de su muerte, muchos se adhirieron á Jesus. *Joan.*, i, 37.

Estas reflexiones han sido hechas por los PP. de la Iglesia y por los comentadores; Manés ó su apologista; se hallaron en el caso de probar su falsedad?

Juan (cristianos de San). V. MANAÍTAS.

Juan Crisóstomo (San). V. CRISÓSTOMO.

Juan Damasceno (San). V. DAMASCENO.

Juan el Evangelista (San). Apóstol de Jesucristo. Además de su Evangelio, ha escrito tres cartas, y el Apocalipsis. Comúnmente se cree que ha vivido y gobernado en la Iglesia de Éfeso hasta el año 100 ó 104 de Jesucristo, que era casi centenario, y que escribió su Evangelio poco tiempo antes de su muerte. Algunos autores están persuadidos de que no ha muerto este santo apóstol, mas no se fundaban sino en un pasaje de su Evangelio, el que no tomaban en el sentido verdadero. *Biblia de Aviñon*, t. 13, p. 525.

Al menos es indudable que su Evangelio se escribió el último de todos. S. Juan se propuso en él referirnos algunas acciones del Salvador, de las que no habian hablado los demás evangelistas; transmitirnos sus discursos, de los que los demás no habian escrito mas que una pequeña parte; en fin, refutar á los herejes, que unos negaban la divinidad de Jesucristo, y otros la realidad de su carne; todavía los refuta mas directamente en sus cartas. De modo que estos sectarios no empezaron á hacer ruido hasta los últimos años del primer siglo.

Es tambien probable que S. Clemente de Roma escribió sus epístolas á los corintios antes que se hubiese publicado el Evangelio de S. Juan: este papa cita pasajes de los otros tres Evangelios, y no cita ninguno otro del de S. Juan. El apóstol no ha mencionado la profecía de Jesucristo con respecto á la ruina de Jerusalem, porque se habia cumplido entonces, y se le podria haber acusado de haberlas forjado despues del acontecimiento; pero está consignada en los demás Evangelios que habian sido escritos

antes de esta revolucion: es observacion de S. Juan Crisóstomo. *Hom.* 76, ol. 77, in *Mat.*, núm. 2.

Han dicho los incrédulos que el primer capítulo del Evangelio de S. Juan, en el que se ha hablado de la generacion eterna del Verbo, ha sido compuesto por un platónico, ó que lo habia tomado de Filon, que él mismo era platónico, y en esto han demostrado menos sagacidad que deseo de favorecer á los socinianos. Está muy distante de las ideas de Platon el misterio de la Encarnacion revelado á S. Juan por Jesucristo; el estilo de este Evangelio es el de un hombre inspirado, y no el de un filósofo. Los herejes antiguos que negaban la divinidad de Jesucristo, como los alogos y cerintianos, desechaban el Evangelio de S. Juan; pero es el que tiene la mas indudable autenticidad. Pedro, obispo de Alejandria, nos enseña que en el siglo VI se conservaba todavía en Éfeso el autógrafo de S. Juan, τὸ ἰδιόγραφον. *Chron. Alex. à Raderer editum.*

Con respecto á la autenticidad de las tres cartas, véase la *Biblia de Aviñon*, t. 16, p. 457; sobre la del Apocalipsis, véase esta palabra.

En la primera de estas tres cartas, hay un pasaje que se ha hecho célebre por las disputas á que ha dado origen, y por la importancia del asunto. Leemos en el v, 7: «Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa: v. 8, tres son los que dan testimonio en la tierra, el espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son una misma cosa.» Embarazados los socinianos por el v. 7, sostienen que no estaba originalmente en el texto de S. Juan, sino que le ha añadido en la sucesion de los siglos: 1º porque falta en la mayor parte de los manuscritos antiguos, ya griegos, ya latinos; 2º porque no ha sido citado por los PP. que han disputado contra los arrianos, y que no hubieran dejado de valerse de él si lo hubiesen conocido; 3º porque muchos críticos católicos han convenido en que es una interpolacion.

Respondemos: 1º Que si falta este pasaje en un gran número de manuscritos, se halla en otros muchos antiquísimos, y los críticos no pueden probar que los mas antiguos son en los que falta. Hay algunos en que los versículos están trastrocados. 2º Como empiezan y acaban estos dos versículos por las mismas palabras, los copistas han podido confundir con mucha facilidad las últimas palabras del 7º con las del 8º, y de este modo

salto de uno á otro; cometido una vez el error ha pasado de un manuscrito á otro, y se han multiplicado los ejemplares equivocados. Esto es mas fácil concebir, que suponer que el v. 7 se ha añadido al texto con reflexión y mala fe, y que se ha adoptado después sin examen. 3º En el siglo III y antes del nacimiento del arrianismo, ha citado S. Cipriano el v. 7. *L. de Unit. Eccles., et Epist. ad Jubaian.* Tertuliano parece que alude á él, *l. ad Praxeam, c. 25.* 4º Malamente se afirma que este versículo no se ha alegado por los PP. contra los arrianos, lo fué el año 484, en una profesión de fe presentada á Hunerico, rey de los vándalos, que era arriano, por cuatrocientos obispos del Africa. Victor Vit, *L. 3, de Persec. vandal.* Si no se ha citado por los PP. griegos del siglo IV, es porque tenían ejemplares defectuosos. Hace mas de quinientos años que este pasaje se ha considerado como auténtico, tanto entre los griegos como entre los latinos, y los protestantes lo admiten lo mismo que los católicos. *Biblia de Aviñon, t. xvi, p. 461.* También hay una disertación sobre este asunto al fin del *Comentario del P. Hardouin sobre los Evangelios.*

Tertuliano, en su libro de las *Prescripciones*, c. 36, refiere que S. Juan Evangelista, antes de ser desterrado por Domiciano á la isla de Pátmos, fué echado en una caldera de agua hirviendo de la que salió sano y salvo. Se presume que este hecho sucedió el año 95 de Roma, adonde habia sido conducido el apóstol por orden del procónsul de Asia. Algunos protestantes han tratado de fábula esta narración de Tertuliano, en particular Heumann, en una disertación impresa en Brema en 1719. Dice que Tertuliano es el único que ha hablado de este milagro; que si lo han mencionado algunos otros PP., únicamente ha sido refiriéndose á él; que este autor creía ligeramente en las fábulas, etc. Mosheim, en una disertación sobre el mismo asunto, ha demostrado la debilidad de estas razones: alega la autoridad de S. Jerónimo, que se funda, no en Tertuliano, sino en los *historiadores eclesiásticos. Comment. in Matth., l. 3, p. 12.* Nada valen contra estos dos testimonios positivos las pruebas negativas ni los cargos de credulidad, etc. *Mosheimii dissert. ad Hist. eccles., t. 1, p. 504* y sig.

Juan (San). Hay un grandísimo número de comunidades eclesiásticas y religiosas, que han sido instituidas bajo los nombres de S. Juan Bautista y de S. Juan Evangelista; unas subsisten todavía, otras se han extin-

guido. La historia eclesiástica de Inglaterra menciona las de los canónigos hospitalarios y de las hospitalarias de S. Juan Bautista de Conventry aprobadas por Honorio III. Llevaban una cruz negra sobre su túnica blanca y sobre su manto, lo que ha hecho llamarlos *porta-cruz*; también se habla en ella de los hospitalarios de S. Juan Bautista de Nottingham; es de presumir que era la misma orden. Ha habido ermitaños de S. Juan Bautista de la penitencia establecida en Navarra bajo la obediencia del obispo de Pamplona, y confirmados por Gregorio XIII. También se han visto otros ermitaños de S. Juan Bautista, fundados en Francia en 1630 por el hermano Miguel de Santa Sabina, para la reformation de los ermitaños. En Portugal se conocen canónigos regulares con el título de S. Juan Evangelista. Son célebres las órdenes militares de S. Juan de Jerusalem y de S. Juan de Letran.

*** Juan de Paris.** Dominico, profesor de la universidad en el siglo XIV, á quien su vigor en las disputas le hizo llamar *pungens asinum*. Quiso dar una nueva explicación del misterio de la Eucaristía; consiste en decir que Jesucristo tomó la sustancia del pan de tal modo, que el Verbo de Dios está unido con el pan. Esta opinión, que estaba en contradicción con la creencia de la *Transubstanciación*, es decir, que el pan se ha cambiado en la sustancia del cuerpo, fué condenada por el obispo de Paris. Juan apeló de ella al papa, y murió antes de la decisión del soberano pontífice, mas protestando su sumisión á esta decisión.

*** Juan de Poilli,** doctor de la facultad de teología de Paris en el siglo XIV; sostenía que ni los obispos, ni el papa, ni Dios mismo tenían el derecho de dar á los religiosos el permiso de confesar á los feligreses de un cura; que todos los habitantes de una ciudad debían confesarse con su *propio párroco*. Después de largas disputas el papa condenó esta aserción.

Juanistas. Se dió este nombre, en el siglo V, á los que permanecieron adheridos á S. Juan Crisóstomo, y no quisieron romper su comunión con él. Se sabe que este santo fué desterrado por las intrigas de la emperatriz Eudoxia, y depuesto en un conciliábulo por Teófilo de Alejandría, y después en un segundo celebrado en Constantinopla. El nombre de *juanistas* se convirtió en título de desgracia en la corte imperial. V. S. JUAN CRISÓSTOMO.

Jubileo. Entre los judíos llamaban así el año cincuenta, en el que se ponían en libertad los presos y los esclavos; las heredades

vendidas volvían á sus antiguos dueños, y la tierra dejaba de cultivarse.

Segun algunos autores, la palabra hebrea *jobel* trae su origen del verbo *hobil*, despedir, despachar, y por lo tanto significa remisión ó devolución; así lo entendieron por lo menos los Setenta. Segun otros, significa *carnero*, porque el *jubileo* se anuncia al son de trompas fabricadas con los cuernos de dicho animal, aunque esta etimología no es la mas probable.

Se habla ya del *jubileo* con bastante extensión en los cap. 25 y 27 del Levítico. Se manda en él á los judíos que cuenten siete semanas de años, ó siete veces siete que hacen cuarenta y nueve años, y que santifiquen el cincuenta no cultivando la tierra, dando libertad á los esclavos, y devolviendo los fondos y heredades á sus antiguos poseedores. De suerte que entre los judíos las enajenaciones de las propiedades no eran perpetuas, sino solo hasta el año del *jubileo*. Esta ley tenía por objeto indudablemente el conservar la antigua división de las tierras, el mantener entre ellos la igualdad de fortunas y aliviar la esclavitud. Se observó esto con la mayor escrupulosidad hasta la cautividad de Babilonia, pero no fué posible volverlo á poner en práctica después de ella. Los doctores judíos dicen en el Talmud, que no hubo ya *jubileo* en tiempo del segundo templo. Véase á Reland, *Ant. sacr., part. 4ª, cap. 8, n. 18*; Simon, *Supl. á las ceremonias de los judíos*.

Para comprender cómo podia subsistir este pueblo cuando no cultivaba la tierra, véase SABÁTICO.

JUBILEO. En la Iglesia católica es una indulgencia plenaria y extraordinaria concedida por el sumo pontífice á la Iglesia universal, ó al menos á todos los que visitaren en Roma las Iglesias de S. Pedro y S. Pablo. Se diferencia de las indulgencias ordinarias ó comunes en que, durante el *jubileo*, el papa faculta á los confesores para absolver todos los casos reservados, y commutar los votos simples.

* [Antes de Bonifacio VIII, que floreció á fines del siglo XIII, se concedían en Roma grandes indulgencias á los que iban á visitar las iglesias de S. Pedro y S. Pablo. El cardenal de S. Jorge, sobrino de Bonifacio, refiere que se admiraban al ver, á últimos del año 1299, los caminos cubiertos de peregrinos, que acudían de todas partes y con especialidad de la diócesis de Bauvais en Francia, y que preguntando á muchos el motivo de su viaje, respondieron que habian oído decir á sus pa-

dres, que los que iban á Roma cada cien años ganaban muchísimas indulgencias, y que el año 1300 era uno de estos. Segun su testimonio, Bonifacio VIII publicó una bula, por la que se estableció el primer *jubileo* en el año 1300, en la misma forma que existe en el día, á favor de los que haciendo un viaje á Roma visitaron la Iglesia de los santos Apóstoles. Con este motivo fué tanto el número de personas que concurrieron á esta ciudad aquel año, y tantas las riquezas que dejaron en ella, que los alemanes le llamaron el *año de oro*. Este papa fijó el *jubileo* de cien en cien años; Clemente VI quiso que tuviera lugar cada cincuenta; Urbano VIII redujo este periodo á treinta y cinco años; y Sixto IV le fijó en cada veinte y cinco, para que todos pudieran disfrutar de esta gracia una vez por lo menos en su vida.

La época del *jubileo* se llama en Roma el *año santo*. Para hacer su apertura, el papa, y si está la silla vacante el decano de los cardenales, va con toda ceremonia á S. Pedro para abrir la puerta santa que está tapiada y que no se abre mas que en esta ocasión. Para esto toma un martillo de oro y da tres golpes diciendo al mismo tiempo: *Aperite mihi portas justitiæ*, etc., y en seguida demuelen el tabique que tapa la puerta. Después se pone de rodillas delante de ella interin los penitenciaros de S. Pedro la lavan con agua bendita; acto continuo toma la cruz, entona el *Te Deum* y entra en la Iglesia acompañado del clero. Tres cardenales, á quienes el papa delega sus facultades, practican la misma ceremonia en las otras puertas santas, á saber: en la iglesia de S. Juan de Letran, en la de S. Pablo y en la de Santa María la Mayor. Esto se hace cada veinte y cinco años en las primeras vísperas de Natividad: al día siguiente por la mañana el papa da la bendición al pueblo en forma de *jubileo* ó de indulgencia.

Concluido el año santo, ciérrase también la puerta santa, la víspera de Natividad. El papa bendice las piedras y argamasa, y coloca la primera piedra, poniendo antes debajo de ella doce cajitas llenas de monedas y medallas de oro y plata; lo mismo se practica en las otras tres puertas santas. En otro tiempo el *jubileo* atraía á Roma un gran número de personas de todos los países de Europa; en el día casi no concurren mas que de las provincias de Italia, principalmente desde que los papas han extendido la indulgencia de *jubileo* á todos los países católicos, y cada uno puede ganarla en el suyo.

Bonifacio IX concedió *jubileos* en diferentes

lugares, bien á los príncipes ó á los monasterios : á los monjes de Cantorbery, por ejemplo, se le concedió cada cincuenta años: entonces el pueblo acudia de todas partes á visitar el sepulcro de santo Tomas Becket. En el dia son mas frecuentes los jubileos: todos los papas conceden generalmente uno en el año de su consagracion, y siempre que la Iglesia se halla en alguna necesidad particular.

Para ganar la indulgencia del jubileo, obliga á los fieles la bula del sumo pontífice á ayunar, á hacer limosnas, á orar ó andar las estaciones. Todo el tiempo que dura el año santo quedan suspensas las demás indulgencias.

Hay jubileos particulares en varias ciudades, cuando caen algunas fiestas en ciertas épocas tambien festivas, como en Puy-en-Velay, cuando la Anunciacion cae en Viernes santo, y en Lyon cuando el dia de S. Juan Bautista corresponde á la fiesta del Corpus.

Esta práctica de la Iglesia romana no podia dejar de ser criticada por los protestantes. Con motivo del jubileo de 1750 dió á luz uno de ellos una obra en tres volúmenes en octavo, tratando de probar que era un abuso; reunió todo lo que los reformadores fanáticos, los libertinos y los incrédulos de todas las naciones han declamado contra la práctica de las indulgencias y las buenas obras. Dice que el jubileo es una invencion humana, promovida por la ambicion y la avaricia de los papas; que su crédito es debido á la ignorancia y supersticion de los pueblos, y que no tuvo origen hasta el año 1300, que se han empleado mil pretextos falsos para hacer que su celebracion fuese honrada y respetada. Segun él, es una imitacion de los juegos cívicos de los romanos, un tráfico vergonzoso de las indulgencias, una pompa puramente mundana, y una ocasion de disolucion y de desórden para los peregrinos. Estos cargos van razonados con historietas escandalosas, con sarcasmos sangrientos y con toda la bilis del protestantismo; así el traductor de Mosheim ha hecho un pomposo elogio de esta obra y de su autor. *Hist. ecclés., siglo XIII, 2ª p., c. 4, § 3.*

Responderemos en pocas palabras:

1º Que es una impostura el llamar invencion nueva y puramente humana al uso de las indulgencias en general; en la palabra *indulgencia* hemos probado que esta invencion fué de los tiempos apostólicos, está fundada en la Sagrada Escritura, y S. Pablo ha dado ejemplo de ello. No concebimos en qué,

ni cómo las obras de piedad, caridad, mortificación y penitencia, hechas por el deseo de alcanzar el perdon de nuestros pecados, son una supersticion; hace mucho tiempo que suplicamos á los protestantes disipen nuestra ignorancia en este punto. Por mas que les digamos que jubileo no es otra cosa que una indulgencia concedida en consideracion de ciertas buenas obras, para obligarnos á ejecutarlas, se obstinan en su prevencion y no quieren salir de ella. Si nosotros les dijésemos que sus solemnes ayunos anunciados con tanto énfasis son una pompa puramente mundana, ¿qué contestarian?

2º Es una injusticia maliciosa el atribuir motivos viciosos á los papas, habiéndolos podido tener laudables. Una prueba de que al instruir y multiplicar los jubileos no han obrado ni por ambicion, ni por avaricia, es que han extendido la indulgencia á todos los fieles, sin obligarlos á hacer el viaje á Roma, ni pagar un solo maravedí. No solo esta indulgencia no cuesta nada á nadie, sino que sabemos que durante el jubileo son recogidos los peregrinos de todas las naciones, alojados, cuidados, alimentados y servidos en los hospitales de Roma, muchas veces por las personas mas respetables. La afluencia de los peregrinos no puede ser ventajosa mas que para el pueblo de esta ciudad á lo mas, y no para el papa ni para el tesoro. ¿Dónde está aquí el tráfico vergonzoso de las indulgencias? Haciendo los jubileos mas comunes, no ignoraron los papas que esto disminuiria el celo por la peregrinacion á Roma; así, aunque Bonifacio VIII pudiera ser acusado de haber obrado por ambicion y por avaricia, este cargo no debia recaer en sus sucesores que extendieron los jubileos á cada cincuenta años, y despues á cada veinte y cinco.

3º Mientras que ha soñado el autor de que acabamos de hablar, que el jubileo es una imitacion de los antiguos juegos cívicos, Mosheim pretende que Clemente VI puede haber tenido presente el jubileo de los judíos que se verificaba cada cincuenta años. ¿Pero qué relacion pueden tener los motivos de avaricia ó de ambicion con los juegos cívicos? ¿pueden probar que Bonifacio VIII pensaba en ellos el año 1300? Por confesion misma de Mosheim, condescendiendo á las suplicas de los romanos, Clemente VI concedió un jubileo cincuenta años despues del de Bonifacio VIII; no tuvo pues necesidad de consultar el calendario de los judíos. Falta todavia manifestarnos, por qué alusion á los usos del judaismo ó paganismo Urbano VI y

Sixto VI ordenaron que el jubileo se verificase cada veinte y cinco años.

4º Mientras que nuestros adversarios han recogido todas las anécdotas escandalosas á que han podido dar lugar los jubileos hace mas de quinientos años, ¿han llevado cuenta de las buenas obras que este espectáculo de religion ha producido por las confesiones, las comunicaciones, las limosnas, oraciones, restituciones, reconciliaciones y conversiones que se han hecho? Hemos visto lo que ha sucedido en Paris en el último jubileo, los incrédulos han declamado contra él, los protestantes nada han ganado en él; avergonzados de lo que habian visto en el del año 1751 han vomitado su bilis en invectivas contra este uso.

5º Aun cuando fuese cierto que hubiese habido otras veces abusos en los motivos y en el modo de conceder las indulgencias y en los efectos que han producido, ¿de qué sirve renovar su memoria, cuando es incontestable que ya no existen estos abusos? Esto demuestra que los prelados de la Iglesia no eran incorregibles, puesto que se han corregido. No sucede lo mismo con los protestantes, puesto que todavia son tan tercios, tan maliciosos y tan obstinados en sus odios como lo eran hace doscientos años.

Judá. Cuarto hijo de Jacob, jefe de la principal tribu de su nacion; su nombre significa *alabanza*, ó el que es alabado. Es célebre la profecia que le dirigió su padre desde el lecho de la muerte, y ha dado lugar á un gran número de disertaciones.

« Judá, le dice, tus hermanos te llenarán de alabanzas; los hijos de tu padre se prosternarán delante de ti; tu mano se levantará sobre la cabeza de tus enemigos; te pareces al leon dispuesto á arrojarle sobre su presa, y que inspira horror aun en el sueño. No faltará el cetro de Judá, y habrá siempre un jefe de su sangre hasta que venga el Enviado que reunirá los pueblos. ¡Hijo mio! atarás tu jumento á la viña, lavarás tus vestidos en el jugo de la uva, tus ojos brillarán con el vino, y tus dientes serán mas blancos que la nieve. Gén., xlix, 8.

Las *Paráfrasis caldeas* y los antiguos doctores judíos han aplicado unánimemente este oráculo al Mesias; tambien lo entienden así los mas sabios rabinos. V. *Munimen fidei*, 1ª part., c. 14. No disputan mas que sobre la aplicacion que hacemos de él á Jesucristo. S. Juan, en el Apocalipsis, alude á él, cuando nombra á Jesucristo *el Leon de Judá que ha vencido*, v, 5.

Desde luego es evidente que la palabra

cetro no siempre designa la dignidad real; en el estilo de los patriarcas, no es otra cosa mas que el baston de un anciano ó de un jefe de familia; solamente significa una preeminencia, una autoridad análoga á los diversos estados de la nacion. Tambien está determinado este sentido por la palabra siguiente, que significa un jefe, un magistrado, un depositario de las leyes ó archivos.

Jacob predijo á Judá: 1º una superioridad de fuerzas sobre sus hermanos; le compara á un leon; 2º mayores posesiones, y las designa por la abundancia de la leche y el vino; 3º la autoridad señalada por el baston de mando; 4º el privilegio de dar origen al Mesias; 5º jefes ó magistrados de su tribu, hasta que el Enviado de Dios venga á reunir los pueblos. No disputan los judíos ninguna de estas circunstancias, y todas se han cumplido exactamente.

En efecto, la tribu de Judá fué siempre la mas numerosa; vémoslo por los empadronamientos hechos en el desierto. Núm., i, 27; xxvi, 22. Acampaba la primera al oriente del tabernáculo, ii, 3. Moisés, próximo á morir, elogia á los guerreros de esta tribu; y le anuncia que marchará á la cabeza de las demás para conquistar la Palestina. Deut., xxxiii, 7. Los libros de Josué y de los Jueces nos dicen qué fué así. Jud., i, 1; Jos., xv.

En la distribucion de la tierra prometida tuvo la porcion mas considerable, fué colocada en el centro, contenia en su herencia la ciudad de Jerusalem, capital de la nacion; eran célebres los viñedos de sus alrededores.

Despues de la muerte de Saúl, tuvo por su rey á David, y formó un estado aparte, mientras que las otras tribus obedecian á Isobseth. David lo hizo notar, ps. lxx, 8. El Señor ha dicho: *Judá es mi rey*. En tiempo de Roboam, cuando se separaron las diez tribus, esta guardó la fidelidad á los descendientes de David, y continuó haciendo un reino aparte bajo su propio nombre de Judá; muchas veces hizo frente á los reyes de Israel y á todas sus fuerzas. Despues que las diez tribus fueron llevadas cautivas y dispersas por los asirios, la de Judá subsistió todavia en la Palestina, bajo sus reyes, durante mas de un siglo.

Al cabo de setenta años de cautividad en Babilonia, volvió á su patria, se mantuvo en cuerpo de nacion, usó de sus leyes; le fueron incorporados los restos de Benjamin y de Leví; desde entonces el nombre de Judá ó de judíos ha sido siempre comun á toda la raza de Jacob; lo habia predicho Jeremias, xxx, 1. Los libros de Esdras y de los Macabeos nos